

a la infalibilidad del magisterio, a la del soberano pontífice, «órgano del Espíritu en la Iglesia y en el mundo». El Espíritu se limita a llevar a cabo una actualización de las estructuras salidas de la encarnación y existen razones para que un Manning o incluso un Scheeben hablen de esta actuación en términos de encarnación³⁰. En el estudio importante y útil que E. Mersch consagró al cuerpo místico de Cristo, se presta escasa atención al Espíritu Santo. La enciclica *Mystici Corporis*, de 1943, posee una rica teología del Espíritu Santo, pero su planteamiento proinstitucional le impide llegar a una plena pneumatología.

Una pneumatología plena no separa la acción del Espíritu de la obra de Cristo; todo lo que acabamos de decir va contra una separación de ese tipo. Pero va más allá de la simple actualización de las estructuras puestas por Cristo; es la actualidad de lo que realizan el Señor glorioso y su Espíritu en la vida de la Iglesia según la inmensa variedad de sus formas a través de los espacios y los tiempos. Pensamos que tal es el sentido de esta fórmula un tanto hermética de Nikos Nissiotis (que ha reprochado a la Iglesia católica lo que él denomina su «cristomonismo»): «Una verdadera pneumatología es aquella que describe y comenta la vida en la libertad del Espíritu y en la comunión concreta de la Iglesia histórica, cuya esencia no se encuentra en ella misma ni en sus instituciones»³¹.

En un capítulo último veremos claramente que el concilio Vaticano II se ha orientado hacia una pneumatología de este cuño.

NOTA ADICIONAL

Olvidos del Espíritu Santo

También se producen *olvidos* del Espíritu Santo. Presentamos un breve florilegio de tales olvidos:

Sabemos la estima merecida de que ha gozado *Le vrai visage du Catholicisme*, de K. Adam, trad. E. Ricard (1931). Sin embargo, leemos en la p. 71: «La posición fundamental del católico se resume en esta frase: llego a la fe viviente en Dios Trinidad por Cristo en su Iglesia. Encuentro la acción del Dios viviente a través de Cristo que actúa en su Iglesia. El dogma católico descansa sobre esta augusta trinidad: Dios — Cristo — Iglesia.»

En la actualidad existe un deseo, podríamos hablar incluso de necesidad, de una fórmula breve de la fe cristiana. Se han propuesto muchos ensayos. J. Schulte ha reunido determinado número de ellos en *Glaube elementar. Versuche einer Kurzformel des Christlichen*, Essen 1971. En las fórmulas propuestas por G. Scherer, por grupos de estudiantes y por madres de familia se señala y se echa de

30. A pesar de su tesis sobre el don y la habitación propios y personales del Espíritu Santo, Scheeben atribuye la unión de la humanidad de Cristo al Logos; el Espíritu sería únicamente el medio: *Dogmatik*, V, § 222; *Los misterios del cristianismo*, § 51, 5, p. 353ss de la ed. castellana, Herder, Barcelona 1964.

31. En *Le Saint-Esprit* (obra colectiva), Ginebra 1963, p. 91.

menos la insistencia en el hombre, en Cristo «hombre para los otros», unida a una ausencia bastante inquietante del Espíritu Santo y de la Iglesia. Por el contrario, las fórmulas breves propuestas por los lectores de las *«Informations Catholiques Internationales»* (n.º 47 del 1 de enero de 1975, p. 12) eran notablemente trinitarias.

Censor apasionado del episcopado y de la catequesis actual, el padre Bruckberger quiso, en su artículo de «L'Aurore» del 2 de marzo de 1978 titulado «¡Atención! ¡Jeroglíficos!», «definir brevemente (a mis lectores) lo esencial de la fe católica». Habla de «Dios», después de Cristo que «subió al cielo donde reina con pleno derecho con su cuerpo, su alma y su divinidad, a la derecha de su *Padre*». Y añade: «¿Es esto todo? ¡No! ¿Cómo nos consolaríamos de tal ausencia corporal? Por supuesto, nos ha dejado el relato de su vida y las Escrituras dan testimonio de él. Nos ha dejado también la Iglesia que, por los sacramentos, nos incorpora a la vida cristiana y nos hace participar de la vida divina.» Después, el padre Bruckberger desarrolla el don de la eucaristía. Naturalmente, no podemos ser demasiado severos tratándose de un artículo periodístico. La omisión total del Espíritu Santo, el Paráclito, y el paso inmediato de Cristo a la Iglesia y a los sacramentos no carecen de significación.

Suplencias y sucedáneos del Espíritu Santo

En un artículo sugestivo pero breve, y desprovisto de toda referencia, Ph. Pare notaba ya que Occidente tiene una dogmática del Espíritu Santo, pero la ha mantenido alejada de su fe vivida y de su liturgia³². (¡Habría que verlo!, pero aceptemos la crítica.) Esta liturgia está centrada en la presencia eucarística, por consiguiente en la encarnación y la redención, en la relación entre la primera y segunda Personas. Roma habría desplazado un tanto al Espíritu Santo, lo habría colocado en la sombra y su lugar habría sido ocupado por el papa, la virgen María y el culto al Santísimo... No cabe duda que esta crítica es altamente exagerada; el estudio que hemos emprendido es una prueba de ello. Con todo, denuncia un hecho cuya realidad no es del todo quimérica. He aquí algunos testimonios que pueden ilustrarlo. Limitamos la serie a los que hablan, conjuntamente, de las tres realidades evocadas por Ph. Pare.

M.J. Scheeben, a quien hemos encontrado y citado anteriormente, quiso explicar en profundidad la doctrina de la infalibilidad del magisterio pontificio, definido por el concilio de 1869-1870³³. Pone en relación este dogma con el de la inmaculada concepción de María, declarado en 1854: ella (María) y el papa son dos «sedes de la sabiduría» íntimamente relacionadas. Scheeben liga su significación con el misterio de la eucaristía y ve este significado en que «la eucaristía, María y la santa sede son los ligamentos principales (*die vorzüglichsten Bindeglieder*) por los que se establece la Iglesia, mantenida y mostrada como la verdadera, total, firme y viviente comunión con Cristo»³⁴.

Monseñor Mermillod había sido, en el concilio, uno de los más ardientes partidarios del dogma de la infalibilidad. En un sermón pronunciado en Roma en enero de 1870 decía: «Existen tres santuarios: el pesebre, el tabernáculo, el Vaticano. Existen tres [falta la palabra] Dios, Jesucristo y el papa. ¿Qué queremos? Daros a Jesucristo sobre la tierra. Lo hemos visto en Belén bajo la forma

32. Ph. Pare, *The doctrine of the Holy Spirit in the Western Church*, «Theology», agosto 1948, p. 293-300.

33. Serie de artículos publicados en *Das ökumenische Concil vom Jahre 1869*, t. II, p. 503-547; III, p. 81-133, 212-263, 400-418: «El sentido teológico y práctico del dogma de la infalibilidad del papa, especialmente en relación con nuestro tiempo.»

34. Op. cit., III, p. 102.

de un niño. Lo vemos ahora bajo la forma de un anciano»³⁵. Dejando a un lado el respeto que sentimos por monseñor Mermillod, pensamos que estas palabras son completamente ridículas, lo que las excusa de ser blasfemas. Mermillod, a quien Pío IX hizo cardenal, predicó sobre el tema de las tres encarnaciones de nuestro Señor: en el seno de María, en la eucaristía, en el papa³⁶.

El padre Plus, cuyos libros de espiritualidad gozaron de una difusión extraordinaria, situada en las *Fêtes et dévotions*, § CXII a María; en § CXIII al papa; en § CXIV la misa³⁷. ¿Permanece aún la influencia del padre Plus? El tema general del congreso de directores del Apostolado de la oración y de la Cruzada eucarística de junio de 1945 era: «El Apostolado de la oración al servicio del cuerpo místico de Cristo por las devociones al sagrado Corazón, a la eucaristía, a la santísima Virgen, al papa»³⁸...

Monseñor Lépiciér, que llegó también a ser cardenal, hablando de Abisinia, donde llevaba a cabo una misión, habla de este país «donde florecen magníficamente la gran devoción católica a estas "tres cosas blancas" — como él decía a los indígenas —: la hostia, la virgen María y el papa»³⁹. Este tema, más bien imaginativo, de las «tres blancuras», la hostia, el papa y María, era asumido por la Asociación mariana canadiense, en París, en la iglesia Saint-Michel⁴⁰.

En boca de monseñor Marcel Lefebvre, las tres blancuras son «los tres dones principales que Dios nos ha hecho: el papa, la santísima Virgen y el sacrificio eucarístico»⁴¹.

Puede ser interesante tomar cada uno de estos tres términos. Se pondrá de manifiesto que, en cada uno de ellos, hay algo de verdadero y de profundo en una cierta asimilación *funcional* al Espíritu Santo, pero excluyendo, por supuesto, lo que podría ser usurpación de función y de lugar.

I. Eucaristía

Ph. Pare apuntaba, sin duda, a la espiritualidad de la presencia (real). Carecemos de referencias particulares. Pero constatamos que la función del Espíritu Santo en la eucaristía — no sólo en la conversión del pan y del vino en cuerpo y sangre del Señor, sino en la comunión — está poco desarrollada en nosotros. Se ve y vive la eucaristía en una perspectiva esencialmente cristológica: la presencia íntima es la *de Cristo*. ¡No vamos a decir que no sea auténtica ni que sea estéril desde el punto de vista de la gracia! Sin embargo, trataremos del aspecto pneumatológico de la eucaristía en el libro tercero de la presente obra.

35. J. Friedrich, *Geschichte des Vatikanischen Konzils*, t. III, Nördlingen 1887, p. 587. Citado por Acton, *Briefwechsel Döllinger-Acton*, dir. por V. Conzemius, t. II, p. 77 (Munich 1965).

36. A. Dansette, *Histoire religieuse de la France contemporaine*, t. I, París 1946, p. 414.

37. R. Plus, *Face à la vie*, 2.ª serie, Toulouse 1926, p. 93-94: VII sección, *Fêtes et dévotions*.

38. «Documentation catholique», n.º 942, 8 julio 1945, col. 481.

39. Alverne, *La visite apostolique de Mgr Lépiciér en Erythrée et Abyssinie*, en «L'union des Églises», 10 enero-febrero 1928, p. 415.

40. A. Richard, *Faut-il incarner l'Église? Les trois blancheurs*, en «L'Homme nouveau», 7 marzo 1976.

41. Homilía del 18 de septiembre de 1977 en Ecône, con motivo del 30 aniversario de su consagración episcopal, en *Le coup de maître de Satan. Ecône face à la persécution*, Martigny (CH) 1977, p. 30-41.

2. *Papa*

Las observaciones que vienen a continuación no quitan un ápice de valor a lo que decimos tanto en el capítulo precedente como en el que vendrá a continuación y en el segundo volumen de la presente obra: existe un vínculo de alianza, fundado en la fidelidad de Dios, entre el Espíritu Santo y el ministerio apostólico. Sabemos también que los papas han enseñado expresamente la doctrina referente a la presencia y acción del Espíritu Santo en nuestras vidas personales y en la Iglesia. Baste citar las encíclicas *Divinum illud munus*, de León XIII (9 de mayo 1897) y *Mystici Corporis Christi*, de Pío XII (29 de junio 1943). Resta por decir que, muy frecuentemente, los enunciados más oficiales han urgido de forma casi exclusiva los principios externos, visibles y jurídicos de la unidad, con insistencia sobre el «magisterio» y, especialmente, sobre la autoridad papal.

«La Iglesia católica es una con una unidad conspicua y perfecta del orbe de la tierra y de todas las naciones, con aquella unidad de la que es principio, raíz y origen indefectible la autoridad suprema y "más excelente principalla" del bienaventurado Pedro, príncipe de los apóstoles y de sus sucesores en la cátedra romana»⁴².

«Para que el episcopado mismo fuera uno e indiviso y la universal muchedumbre de los creyentes se conservara en la unidad de la fe y de la comunión por medio de los sacerdotes coherentes entre sí; al anteponer al bienaventurado Pedro a los restantes apóstoles, en él instituyó un principio perpetuo de una y otra unidad y un fundamento visible, sobre cuya fortaleza se construyera un templo eterno, y la altura de la Iglesia, que había de alcanzar el cielo se levantara sobre la firmeza de esta fe»⁴³.

«Mas el que la fundó [la Iglesia] única, la fundó también una (...), "un solo cuerpo y un solo espíritu" (Ef 4,4)... El necesario fundamento de una concordia tan grande y absoluta entre los hombres es el acuerdo y la unión de las inteligencias... Por lo cual Jesucristo instituyó en la Iglesia un magisterio vivo, auténtico y juntamente perenne, al que dató de su propia autoridad, le proveyó del Espíritu de la verdad...»⁴⁴.

«Juntamente con estas fuentes [Escritura y tradición], Dios dio a su Iglesia el magisterio vivo, aun para ilustrar y declarar lo que en el depósito de la fe se contiene sólo oscura e implícitamente»⁴⁵.

Los papas que han escrito estos textos han hablado también del Espíritu Santo⁴⁶. Por otra parte, no desconocemos la función del «magisterio». Si tenemos que afirmar la existencia de una insistencia dominante sobre éste como *principio de unidad de la Iglesia*. Sobre este punto, el Vaticano II ha sido mucho más explícito para poner al Espíritu Santo en el lugar que le corresponde⁴⁷.

42. Pío IX (Santo Oficio), documento del 16 de septiembre de 1864, reprobando la sociedad para procurar la unidad de los cristianos. *Acta Ap. Sedis*, II (1919) 372; cf. *El magisterio de la Iglesia*, Herder, Barcelona 1963, n.º 1686, p. 400.

43. Concilio Vaticano I, constitución dogmática *Pastor aeternus*, 18 julio 1870 prólogo: DSch 3051; trad. cast. en *El magisterio de la Iglesia*, n.º 1821, p. 422. En el concilio mismo, monseñor Dupanloup y monseñor Ginoulhiac señalaban: no es el papa, sino Cristo [cristomonismo?] el principio de unidad en la fe para la Iglesia (Mansi 51, respectivamente 955 B y 957 C).

44. León XIII, encíclica *Satis cognitum*, del 29 de junio de 1896. DSch 3305. Cf. *El magisterio de la Iglesia*, n.º 1956-1957, p. 463.

45. Pío XII, encíclica *Humani Generis*, del 12 de agosto de 1950: DSch 3886; *El magisterio de la Iglesia*, n.º 2314, p. 605.

46. León XIII expresamente en *Satis cognitum*, *Acta S. Sedis* 28 (1895-96) 715.

47. *Lumen Gentium*, n.º 7, § 3: «Unificando el cuerpo, el mismo Espíritu

En este párrafo nos abstenemos de presentar las numerosas expresiones de devoción excesiva respecto del papa, expresiones que rayan en la idolatría, como aquellas que hablan de una presencia de Cristo bajo las especies pontificias, análoga a la que se realiza en las especies eucarísticas. Respecto de estos puntos disponemos de una documentación considerable, pero la coyuntura presente nos invita a no utilizarla. Este capítulo, bastante lamentable, parece derivar del pasado.

3. *Virgen María*

Es un tema importantísimo. Conviene tomar nota de la crítica que se nos hace, reconocer lo que puede haber de justo en ella, pero ser conscientes, al mismo tiempo, de la profundidad del lazo existente entre la virgen María y el Espíritu y, en consecuencia, de una cierta comunidad de función en la disparidad absoluta de las condiciones.

La crítica es grave. Viene especialmente de los protestantes y podemos resumirla de la siguiente manera⁴⁸: atribuimos a María lo que compete al Espíritu Santo; en casos extremos hacemos que ella ocupe el lugar del Paráclito. En efecto, le atribuimos los títulos de consoladora, abogada, defensora de los fieles ante Cristo, que será juez insobornable. Ella ejerce una maternidad tal que, gracias a ella, no somos huérfanos; revela a Jesús, quien, a su vez, revela al Padre. Ella forma a Jesús en nosotros⁴⁹, función atribuida al Espíritu Santo... Algunos la llaman «alma de la Iglesia», título atribuido, igualmente, al Espíritu Santo. Muchas almas espirituales hablan de una presencia de María en ellas, de una guía de su vida por María; de una experiencia de todo esto en un grado comparable al que puede alcanzarse de la experiencia de la presencia e inspiraciones del Espíritu⁵⁰. No nos extrañemos si leemos en Elsie Gibson: «Cuando comencé a estudiar la teología católica, encontraba a María cada vez que esperaba encontrar un tratado sobre el Espíritu Santo; se atribuye a María lo que, unánimemente, nosotros [protestantes] consideramos como la acción propia del Espíritu Santo»⁵¹. Efectivamente, ¿cómo no reaccionar de esta manera al leer este texto de san Bernardino de Siena, tomado en parte por León XIII, que escribía poco tiempo después una bella encíclica sobre el Espíritu Santo: «Toda gracia que es comunicada en este mundo llega por un triple movimiento. Porque es dispensada según un orden perfectísimo: Dios en Cristo, Cristo en la Virgen, la Virgen en nosotros»⁵². Bernardino añade que María dispone «de una determinada jurisdicción

por sí y con su virtud y por la interna conexión de los miembros...»; n.º 12, § 1; n.º 27, § 7: «puesto que el Espíritu Santo mantiene indefectiblemente la forma de gobierno que Cristo Señor estableció en su Iglesia»; *Gaudium et Spes*, n.º 40, § 2; *Ad Gentes divinitus*, n.º 4; n.º 15, § 1: «El Espíritu santo, que llama a todos los hombres a Cristo por la siembra de la palabra y proclamación del Evangelio y suscita el homenaje de la fe en los corazones..., los congrega en el único pueblo de Dios...»

48. Su expresión más detallada y documentada es del pastor Lucien Marchand, *Le contenu évangélique de la dévotion mariale*, «Foi et Vie», año 49, n.º 6 (sept.-oct. 1951) 509-521.

49. A.C. Placi, citado por R. Laurentin, «Rev. Sc. ph. th.» 50 (1966) 542, n. 139.

50. Así en el Cenáculo de Montmartre, el 10 de enero de 1953.

51. Elsie Gibson, *Mary and the Protestant-Mind*, «Review for Religious» 24, mayo 1965, citado por el cardenal L.J. Suenens, *Une nouvelle Pentecôte?* DDB, 1976, p. 230-231; tr. cast. en *¿Un nuevo pentecostés?*, Desclée, Bilbao 1976.

52. León XIII, encíclica *Iucunda semper*, 1894 (ASS 27 [1894-95] 179). Textos completos y su crítica en H. Mühlen, *l'Esprit dans l'Eglise*, trad. fr., París 1969, t. II, p. 149ss. Yo podría aportar aquí otros textos, otros datos. Me limitaré a

o autoridad sobre toda procesión temporal del Espíritu Santo, hasta tal punto que ninguna criatura ha recibido de Dios gracia alguna de virtud sino en razón de una dispensación de la virgen María misma». Evidentemente, esto es inaceptable.

Pero no podemos limitarnos a rechazar lo inaceptable. Las relaciones entre María, madre de Dios, y el Espíritu Santo son profundas; derivan del misterio de salvación, del misterio cristiano⁵³. ¿No se encuentra ahí la razón de que la liturgia latina uniera la oración del Espíritu Santo cada vez que recordaba a la virgen María, así como emparejaba el recuerdo de san Pablo con el de san Pedro? Determinadas expresiones de autores espirituales católicos son criticables porque atribuyen a María una eficiencia inmediata de gracia y de vida espiritual. En casos extremos, atribuían a María lo que es obra inalienable de Dios y del Espíritu Santo.

Pero la función de María se sitúa en la del Espíritu Santo, que la hizo madre del Verbo encarnado, que es el principio de toda santidad y de la comunión de los santos. En el «misterio cristiano», María posee, de manera supereminente, la posición de modelo de la Iglesia y de intercesión universal. Es, en ella, la obra del *Esíritu*. Los cristianos desean configurar sus vidas teniendo presente la imagen de la que recibió a Cristo y lo dio al mundo y dirigen sus plegarias a ella para que se realice esa imitación. Ellos esperan esto de Cristo mismo, que obra por medio de su Espíritu, pero con el sentimiento de que María coopera en la acción, a título de modelo y de intercesión. De ahí esta experiencia mariana que envuelve su experiencia de la gracia y del Espíritu con un realismo concreto y acogedor. Porque la comunión de Cristo se acompaña con un recuerdo mariano; el misterio cristiano quedaría manco si quedara excluida o preterida la función de María. María, en su plano la primera agraciada, está asociada a la acción soberana del Espíritu. Tienen razón los protestantes cuando rechazan una atribución a María de lo que pertenece solamente a Dios; pero cometerían una equivocación cerrándose a lo que católicos y ortodoxos testimonian como discreta y justificada influencia mariana en sus vidas en Cristo.

Conscientes de lo insuficientes que resultan las líneas precedentes, desearíamos reproducir aquí íntegramente el párrafo densísimo consagrado a la función del Espíritu Santo en la virgen María, que se encuentra en la exhortación apostólica de Pablo VI, *Mariális cultus*, del 22 de marzo de 1974⁵⁴. Transcribiremos, al

uno que, a pesar de su carácter anecdótico no carece de significación. Tengo ante mis ojos un calendario de 1955 de la «Libreria Editrice Vaticana». En una cara, dos imágenes: Pío XII y, a su lado, la ascensión de María. El jueves 19 de mayo, «Ascensione N.S.»; diez días más tarde, el domingo 29 de mayo, busco en vano pentecostés y leo «S. Maria M[ediatrix]»...

53. Además de Mühlen (cit. en nota precedente), sobre todo crítico, véase Laurentin, *Esprit Saint et théologie mariale*, «Nouv. Rev. Théol.», 89 (1967) 26-42; L.J. Suenens, op. cit., p. 229-246; «Société française d'études Mariales», 25 (1968): *Le Saint-Esprit et Marie*, I. L'évangile et les Pères; 26 (1969): II. Bible et Spiritualité (estudios principalmente de documentación). Congreso mariológico de Roma, 1975. R. Laurentin da cuenta de todo lo que está relacionado con esta cuestión en sus boletines tan instructivos de la «Rev. Sciences phil. théol.»: así 50 (1966) 542; 54 (1970) 287-290; 56 (1972) 438, 478-479; 58 (1974) 296, n. 110; 60 (1976) 321, n. 37; 322, n. 44; 452-456; 62 (1978) 277s. R. Laurentin ha tocado también la cuestión en *Pentecôtisme chez les catholiques*, París 1974, p. 241-250 (tr. cast.: *Pentecostalismo católico*, PPC, Madrid 1976): «María, prototipo carismático.»

54. N.º 26, Pablo VI, Exhortación apostólica *Mariális cultus*, «Ecclesia», 30 de marzo de 1974, p. 5-23; ed. fr. con presentación de A. Wenger, *Le culte marial aujourd'hui*, Centurion, París 1974.

menos, la plegaria, citada allí, de san Ildefonso de Toledo († 667): «Te pido, te pido, oh Virgen santa, obtener a Jesús por mediación del mismo Espíritu, por el que tú has engendrado a Jesús. Reciba mi alma a Jesús por obra del Espíritu, por el cual tu carne ha concebido al mismo Jesús (...) Que yo ame a Jesús en el mismo Espíritu, en el cual tú lo adoras como Señor y lo contemplas como tu Hijo»⁵⁵.

55. *De virginitate perpetua Sanctae Mariae*, c. 12: PL 96, 106.